

6

LA ACCIÓN EVANGELIZADORA DEL SEGLAR EN LA IGLESIA

1. El modelo de Iglesia que hay en el Ideario

El seglar claretiano no sólo está llamado a vivir la misión de la Iglesia y en plena comunión con ella, sino también forma parte de su misión evangelizar a la Iglesia misma, es decir, trabajar para que la Iglesia se configure y viva más fielmente conforme al Evangelio de Jesús. El Ideario señala algunas características que debiera tener hoy la Iglesia de Jesús. No se propone describir el modelo de Iglesia que deben promover los seglares claretianos. Sólo ofrece elementos sueltos y, además, dispersos en varios números.

La referencia del Ideario a la Iglesia es constante, ya que sólo dentro de ella nuestro Movimiento tiene pleno sentido. Es en la Iglesia donde el seglar claretiano realiza su misión y su servicio específico. Ya en el número primero encontramos la expresión siguiente: “prestamos nuestro servicio en la Iglesia”. Y más adelante dice que “ el carisma claretiano nos destina a un servicio especial en la Iglesia (n.5). En número 6 encontramos dos referencias importantes a la Iglesia, puede decirse que por exigencias de nuestro carisma tenemos que “cooperar en la edificación de la Iglesia”. La otra referencia afirma que “seguir a Jesús como seglares significa para nosotros un modo peculiar de ser Iglesia”.

Son varios los números del Ideario que resaltan la importancia que tiene la Iglesia local o particular para los seglares claretianos, que tratan de vivir en comunión con ella (n. 18), son miembros de suyo(n.24) y deben estar encarnados en ella(n.27); en ella viven su ser Iglesia y realizan su misión (n.21), que es participación en la misión única confiada a la Iglesia (n.19).

Los números 24,26,27 señalan los rasgos principales del modelo de Iglesia que los seglares claretianos han de vivir y promover. Estos rasgos se completan con los que se dice no tan directamente en otros números: 7, 12, 19). Son seis los principales rasgos de la Iglesia que resalta el Ideario. Los enumeramos a continuación.

- a) La Iglesia “es Cuerpo de Cristo” y su “nueva humanidad a través de la cual Cristo continúa hoy su misión en el mundo” (7). El bautismo nos une a Cristo “para formar un solo Cuerpo” (12, cf. 19).
- b) Toda ella es carismática. “El Señor Resucitado envió de parte del Padre al Espíritu Santo para impulsar y sostener a la Iglesia en su misión. El la guía a la verdad, la unifica en la comunión y la gobierna y dinamiza con múltiples dones” (19b).
- c) Es pueblo de Dios: “por el bautismo hemos sido incorporados a la Iglesia, nuevo pueblo de Dios” (12c)
- d) Es misterio de comunión y comunidad de comunidades. “Cooperamos especialmente en la formación y desarrollo de las pequeñas comunidades eclesiales, que expresan la realidad de la Iglesia como misterio de comunión” (26, cf. 24). El n. 27 habla de “la promoción de un modelo de Iglesia más comunitario”. La misma idea encontramos en la imagen de la Iglesia como Cuerpo de Cristo a la que antes nos hemos referido.
- e) Vive encarnada en el pueblo y en su cultura. El seglar claretiano colabora para que la iglesia particular “nazca y crezca inculturada” (27d)

- f) Una Iglesia de participación y corresponsabilidad, que impulsa el protagonismo de todos sus miembros: “cooperamos corresponsablemente a su crecimiento y dinamismo” (24). La relación con la jerarquía se caracteriza por el “espíritu de comunión, colaboración e iniciativa” (24). El seglar claretiano tiene como opción de principio “la promoción de un modelo de Iglesia más comunitario y participativo en el que todos los fieles puedan desarrollar plenamente las responsabilidades y exigencias de su propia misión eclesial” (27e).

2. La Iglesia que queremos ser y promover

Un elemento esencial de la misión del seglar claretiano es ser y promover el modelo de Iglesia pueblo de Dios o Iglesia-comunión que nos ha propuesto el concilio Vaticano II. La exhortación postsinodal sobre los seglares afirma que “la eclesiología de comunión es la idea central y fundamental de los documentos del Concilio” (Ch L 19). Este modelo de Iglesia, que está todavía muy lejos de ser realidad en muchos lugares, es el que ha de promover el seglar claretiano.

Ampliando lo que dice el Ideario y como ayuda para reflexionar y comprometernos en vivir y promover el modelo de Iglesia-comunión, ofrezco a continuación una apretada síntesis de los rasgos que debe tener este modelo de Iglesia de cara al futuro para ser la Iglesia que Dios quiere y para que pueda evangelizar en la nueva sociedad. Algunos de estos rasgos no aparecen de manera explícita en el texto del Ideario, pero es importante tenerlos en cuenta. Ya en la primera parte de este comentario señalamos los rasgos de este modelo de Iglesia que más podían influir en el modo de entender la vocación del seglar.

2.1. Una Iglesia que sea realmente de Dios

Al afirmar que la Iglesia es pueblo de Dios, queremos decir que Él es su autor y su Señor y que ella tiene que ser signo y transparencia de su presencia. En efecto, la Iglesia nace por iniciativa divina; es una comunidad de personas convocadas y congregadas por Dios. El antiguo pueblo de Dios, Israel, era “el pueblo de su propiedad”. Igualmente, el nuevo pueblo de Dios, la Iglesia, le pertenece y tiene que vivir entregada a Dios por entero y a sus planes de salvación. Lo más importante para ella es estar abierta a su Señor, en íntima relación con él. Sólo eso la habilita para servir a la humanidad. Soñamos en una Iglesia más contemplativa que, centrada en Dios y en su alabanza, proclame que Él es el Absoluto que nos llena a todos con su plenitud.

Queremos una Iglesia que viva y transparente la comunión trinitaria, de la que ella misma procede; que refleje la bondad y la misericordia del Padre, que viva reunida en torno al Señor Resucitado que hace de ella un solo Cuerpo, la fortalece y la envía con la fuerza de su Espíritu, y que, por su fe en el Resucitado, sea capaz de suscitar esperanzas de resurrección en quienes viven aplastados por los signos de muerte o desorientados en cuanto al sentido a la vida. Queremos una Iglesia que sea del Espíritu, vicario de Cristo para siempre, que se deje impulsar y guiar por los carismas o impulsos que vienen del Él, y que, por ser del Espíritu, sea cada vez más profética a través del testimonio de su fe en el Dios de la vida y de su compromiso a favor de la vida de los hijos de Dios.

Queremos ser y promover la Iglesia de Dios que se alimenta y se deja transformar por su Palabra leída simultáneamente en el libro de la Biblia y el libro de la vida. Queremos una Iglesia de bautizados que han tomado en serio las exigencias del bautismo y tienen como código de ruta las bienaventuranzas.

Queremos ser una Iglesia que, como en sus orígenes, también hoy haga la eucaristía y se deje hacer por ella y que, al celebrar la entrega de la Persona (el Cuerpo) y la Vida (la Sangre) de Jesucristo no olvide el mandato eucarístico de Jesús: “haced esto en memoria mía”. “Esto” que yo hago, entregar la persona y dar la vida por los demás, hacedlo también vosotros. Queremos ser una Iglesia que encuentra en la eucaristía la cumbre y la fuente de su vida en comunión y la fuerza que la envía y la sostiene en la misión de anunciar a Cristo y de abrir caminos al Reino de Dios en el mundo.

Soñamos con una Iglesia que sepa arraigar y alimentar sus celebraciones en la vida, el trabajo, los problemas y el lenguaje de la gente y que transforme en verdadera fiesta tantas “celebraciones” habitualmente rígidas, funcionales, aburridas, carentes de símbolos y sobrantes de conceptos y de palabras y que tienen mucho más de monólogo que del diálogo propio de una reunión de hermanos.

2.2. Una Iglesia que sea comunidad de comunidades

Queremos una Iglesia que, por la comunión entre las personas, la solidaridad con todos y la defensa de la justicia, sea signo y servidora del Reino de Dios. Una Iglesia que no se deje tranquilizar por la falacia estadística de tener casi mil millones de afiliados, sino que se empeñe en multiplicar las pequeñas comunidades de creyentes, bien articuladas entre sí, en las que sea realidad la comunión de vida y de compromiso cristiano. Queremos que estas pequeñas comunidades, como al principio del cristianismo, sean para los alejados la invitación más convincente para creer y seguir a Jesús, y que sean también las mejores transmisoras de la fe en este tiempo en que ya están medio secos u obstruidos los cauces tradicionales de transmisión de la fe: la familia y las instituciones eclesiales.

Queremos ser y promover una Iglesia que sea comunidad de contraste, no por el orgullo de ser superior o diferente, sino por su sencillez de vida en una sociedad que busca la abundancia y la ostentación, por su afán de servicio humilde en un mundo en que se anhela el poder y la dominación, por su solidaridad interna y externa, hacia los últimos, en una sociedad violenta y excluyente.

2.3. Una Iglesia solidaria con los últimos

Soñamos una Iglesia que, por ser sacramento de liberación, esté metida de lleno en la historia de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, especialmente en los lugares sociales en que proliferan las esclavitudes; una Iglesia solidaria, porque lo exige su misma partida de nacimiento, ya que procede de la increíble solidaridad de Dios Padre con la humanidad que envió a su Hijo al mundo para salvarlo con la fuerza del Espíritu Santo para “anunciar la Buena nueva a los pobres”.

Una Iglesia solidaria porque, además de su partida de nacimiento, lo exige también la realidad en que vivimos. En un mundo en el que la fría insolidaridad de unos pocos mantiene sumergidas en la pobreza, el hambre y la miseria a grandes masas, el modelo de Iglesia que soñamos, precisamente por estar despiertos a esa realidad de exclusión, es el modelo solidario: la Iglesia de los pobres, que opte por ellos, que viva y se comprometa de tal manera que también los pobres puedan optar por ella. Una Iglesia que, como Jesús, su Maestro y su Señor, se instale en la marginalidad y desde los marginados lleve a todos la Buena Nueva del Reino.

Una Iglesia que no se deje conquistar ni contaminar por el oro de las comodidades que le ofrece el sistema y que se niegue a entrar en el banquete neoliberal del "final de la historia", mientras los

invitados de Jesús, "los pobres, los inválidos, los ciegos y los cojos" (Lc 14,21), se queden fuera. Una Iglesia samaritana, que busque, acoja, cure y dé sentido a la vida de los que la sociedad cataloga como "desechables"; una Iglesia empeñada en subir a la cruz para bajar de ella a los crucificados de la tierra. Si la Iglesia no se hace servidora de los últimos, hay que decir de ella "una Iglesia que no sirve, no sirve para nada" (Mons. Gallito).

Una Iglesia que, por ser la institución religiosa más universal, sea carta de denuncia para la sociedad injusta en que vivimos y se convierta en portavoz y portadora de justicia social para la humanidad entera y que se una con todas las religiones en la tarea de construir un mundo más humano.

Queremos una "Iglesia de los pobres". Esta expresión, que es original de Juan XXIII puede sonar mal a algunas personas por connotar, a primera vista, actitudes excluyentes. Pero no excluye a nadie; se autoexcluyen los que no están con los pobres. "Iglesia de los pobres" señala el lugar social y evangélico en el que la Iglesia crece y desde donde evangeliza a todos⁴⁹.

"El Vaticano II ha visto con claridad que, si la Iglesia quiere caminar a impulsos del Espíritu, ha de hacerlo por el camino de la pobreza y del servicio a los pobres (LG 8). "El Espíritu, "Padre de los pobres", sigue animando también hoy a la Iglesia. El la constituye como Iglesia de los pobres, que han de ser los primeros destinatarios de la misión, la señal por excelencia y la prueba de que nos dejamos guiar por el Espíritu de Cristo. No se puede anunciar el Evangelio bajo el impulso del Espíritu si no es desde los excluidos" y desde la solidaridad con ellos⁵⁰

Una Iglesia en la que los "consagrados", que somos todos, vivamos la consagración al Dios de la vida gastando generosamente nuestra vida en favor de quienes viven una existencia amenazada o llevan una vida en condiciones inhumanas. Como dijo Bonhöffer: "Una Iglesia sólo es Iglesia cuando existe para los demás".

2.4. Una Iglesia que sea comunidad de servidores

Queremos una iglesia sin clases, porque en ella todos tenemos la condición insuperable de hijos de Dios y porque, siendo la Iglesia de Jesús, en él "ya no hay varón ni mujer, señor ni esclavo, judío ni griego" (Gal 3,28); una Iglesia que sea ante todo comunidad de discípulos, igualitaria y fraterna, contraria a toda discriminación por razón de sexo; que destierre de sí misma el atávico machismo y el clericalismo crónico que arrastra como enfermedad desde la edad media.

Una Iglesia cuyo centro de gravedad no sea el clero, sino la comunidad. Una Iglesia en la que los pastores sean hermanos, servidores de su comunidad y defensores de los pobres y estén dispuestos a dar la vida por sus ovejas, como lo hizo Jesús. Toda ella ministerial y participativa, en la que los dones y ministerios recibidos por cada uno no se vuelvan títulos honoríficos ni se utilicen en beneficio propio, sino que sean para servir a una comunidad en la que todos somos hermanos y a todos nos corresponde por igual la participación y la corresponsabilidad, aunque cada uno las ejerza según sus propios carismas y ministerios.

En consecuencia, soñamos con una Iglesia mucho más laical, en la que los seculares, el gigante dormido, despierte y asuma el protagonismo y las responsabilidades que le corresponden como bautizados y miembros activos del pueblo de Dios.

⁴⁹ A. Quiroz Magaña. *Eclesiología en la teología de la liberación*. Salamanca 1983 p.97 y149

⁵⁰ J.A. Pagola, *Fidelidad en tiempos de...* p.33-34

Una Iglesia en que haya canales de participación y corresponsabilidad, no sólo en la etapa de ejecución, sino también en la etapa de discernimiento, de planificación y de evaluación. Y que las estructuras de participación sean algo más que meros órganos de consulta y asesoramiento. Una Iglesia en la que el diálogo sea ley fundamental para que todos los ciudadanos del pueblo de Dios puedan expresarse y aportar a la vida de la comunidad.

2.5. Una Iglesia de puertas abiertas: misionera y ecuménica

La Iglesia en su identidad más profunda es misionera, porque ha brotado de la iniciativa trinitaria como medio para la salvación del mundo, lleva en su mismo código genético el mandato misionero de Jesús y tiene como hábito de vida la fuerza del Espíritu que ungió y condujo a Jesús, Misionero del Padre, e impulsa a la misión a todos sus seguidores.

La Iglesia no es una comunidad para el éxtasis de la comunión, es comunidad enviada. La Iglesia de Jesús por ser misionera, no puede encerrarse en sí misma, en el gozo del vivir los hermanos unidos; tiene que buscar a la oveja perdida, a los que se alejaron de la comunidad. Las palabras del Resucitado la invitan a salir constantemente de sí misma, de sus problemas y preocupaciones domésticas, para abrirse a un nuevo horizonte: el de los hombres y mujeres que no conocen el gozo de sentirse hijos o hijas de Dios y hermanos entre sí.

El Espíritu está empujándola fuera de sí misma. hacia la misión. Por eso, como dice S. Schweizer, “una comunidad que no actúa en forma misionera no es una comunidad dirigida por el Espíritu”. La Iglesia no es para sí misma. “Evangelizar constituye la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para la evangelización” (EN 14).

Queremos una Iglesia humilde y abierta que sea un pueblo peregrino al lado de otros pueblos; una Iglesia verdaderamente ecuménica, convencida de que Dios es más grande que nuestros credos, que es Padre de todos y que el Espíritu está presente y actúa donde quiere, no sólo dentro de ella; una iglesia que no esté cegada por la pretensión de tener toda la verdad, sino que tenga los ojos y el corazón abiertos a todas las tradiciones cristianas y al diálogo con todas las religiones y culturas que contribuyen al establecimiento de los grandes valores de la humanidad, que son valores del Reino (cf NMI 55).

Queremos una Iglesia que abandone el viejo etnocentrismo religioso y que pase de la confrontación con otras religiones a la acogida, del anatema al diálogo, de la ignorancia a la escucha atenta; de la tolerancia a la aceptación positiva; de la exclusión al enriquecimiento mutuo. Hay que tener en cuenta que Dios se revela a todos los pueblos y que todas las religiones “constituyen un camino real de salvación para los que honestamente las practican. Ello no significa que todas lo sean por igual, pues, aunque Dios se da totalmente y sin discriminación, la receptividad humana pertenece también, y de manera esencial, a la constitución misma de la revelación”⁵¹.

Una Iglesia abierta a la comunión ecológica, que ame y defienda la creación, casa común de la humanidad y cuide este hermoso patrimonio que tiene que dejar en buenas condiciones a los seres humanos del futuro.

Para dialogar: Tomar uno por uno los cinco rasgos del modelo de iglesia que acabamos de describir y ver qué logros y qué deficiencias encontramos sobre cada uno de ellos en nuestra parroquia y en nuestra diócesis.

⁵¹ A. Torres Queiruga, *Un Dios para hoy* p. 21

3. Cooperación del seglar claretiano al desarrollo de la Iglesia-comunión

Comencemos recordando unas palabras de EN sobre el compromiso de los seglares en la comunidad eclesial. “Los seglares también pueden ser llamados a colaborar con sus pastores en el servicio de la comunidad eclesial, para el crecimiento y la vida de ésta, ejerciendo ministerios muy diversos según la gracia y los carismas que el Señor quiera concederles... Debemos expresar nuestra estima particular a todos los seglares que aceptan consagrar una parte de su tiempo, de sus energías y, a veces, de su vida entera, al servicio de las misiones” (EN 73)

Dice el Ideario que contribuimos a edificar y animar la Iglesia particular principalmente de estos dos modos: mediante la promoción de un nuevo modelo de Iglesia (nº 24 y 26) y con la acción pastoral (nn. 25). Finalmente, en el último número de esta segunda parte, señala las principales opciones y actitudes misioneras del seglar claretiano (nº 27).

26 *Cooperamos especialmente en la formación y desarrollo de las pequeñas comunidades eclesiales, que expresan la realidad de la Iglesia como misterio de comunión. Nos empeñamos en hacer de nuestra propia familia una verdadera iglesia doméstica.*

24 *Como miembros de la Iglesia local y de las comunidades eclesiales que la forman, cooperamos corresponsablemente a su crecimiento y dinamismo; nos esforzamos en crear un modelo de Iglesia comprometida en la promoción de la justicia en nuestros pueblos.*

Nuestras relaciones con los obispos y sacerdotes se caracterizan por el espíritu de comunión, colaboración e iniciativa.

Voy a comentar en primer lugar los números 26 y 24 del Ideario. En el recuadro anterior he colocado primero el número 26 porque me parece un orden más lógico, ya que en él se habla del primer paso y el más importante para crear la Iglesia-comunión: la formación de pequeñas comunidades cristianas entre las que puede estar también la propia familia, cosa nada fácil en este mundo pluralista en el que se ahondan cada vez más las simas que separan a unas generaciones de otras y el distanciamiento, a veces radical, entre padres e hijos en los temas religiosos.

Vamos a articular el comentario a estos dos números en los cuatro puntos siguientes.

3.1. Realizamos nuestra misión en la Iglesia particular

El Ideario habla aquí sólo de la Iglesia particular o local, no de la Iglesia universal. Naturalmente, esto no es una falla ya que, como dice el mismo concilio Vaticano II, en la Iglesia particular "está verdaderamente y actúa la única Iglesia de Cristo, que es santa, católica y apostólica"(CD 11) En otro documento el mismo concilio dice que la Iglesia universal existe en la Iglesia particular y, por tanto, es en la Iglesia particular donde entramos en comunión con la iglesia universal y trabajamos por ella. "Cada uno de los obispos es principio y fundamento visible de unidad en sus respectivas Iglesias particulares, formadas a imagen de la Iglesia universal, en las cuales y por las cuales existe la Iglesia católica"(LG23)

La Iglesia particular no es una sucursal o una parte incompleta de la Iglesia, es la Iglesia entera de Jesús presente un determinado lugar, y es en ella donde descubrimos nuestra misión y realizamos nuestra vocación. Utilizando la imagen del cuerpo, como lo hace el mismo S. Pablo, la

Iglesia particular no es un miembro del Cuerpo de Cristo, es el Cuerpo entero, presente y operante en un lugar.

Nos recuerda Juan Pablo II en un documento reciente que “es especialmente en la realidad concreta de cada Iglesia donde el misterio del único Pueblo de Dios asume aquella especial configuración que lo hace adecuado a todos los contextos y culturas” (NMI 3)

3.2. Cooperamos con la Iglesia particular creando y animando pequeñas comunidades cristianas.

Podemos proclamar a boca llena, incluso cantando, que la Iglesia es pueblo de Dios, "comunidad de hermanos". Pero todo ello es música celestial y fácil literatura, si en realidad no existen pequeñas comunidades cristianas en las que todos sus miembros se conozcan, se amen, se ayuden, vivan y compartan su fe y su compromiso de transformar la sociedad según el proyecto de Dios. No puede haber Iglesia-pueblo de Dios sin las pequeñas comunidades. En ellas se dan de manera ejemplar la igualdad, fraternidad y corresponsabilidad que deben caracterizar al pueblo de Dios.

Las pequeñas comunidades eclesiales son la manera más concreta y eficaz de hacer realidad la Iglesia-comunión (Ch.L. 11) y el mejor cauce y lugar de participación y corresponsabilidad de los seglares (EN 58; DP 239. 640-643); constituyen un tema de vida o muerte para la Iglesia. Y lo tenemos muy difícil por el hecho de vivir en la época de un individualismo exacerbado.

La inmensa mayoría de los católicos, quizás más del 95%, no viven su fe en ninguna comunidad cristiana, sino en la masa anónima, y se contentan con participar en los actos litúrgicos junto a personas de las que ni siquiera conocen el nombre. Como veremos en otro tema, la Iglesia particular y la parroquia ha de ser una comunión de comunidades o, como dice la Conferencia de Santo Domingo, “una red de comunidades”

Para que la parroquia y la Iglesia particular sean verdaderamente Iglesia-comunión, han de estar integrada por pequeñas comunidades eclesiales en las que se viva intensamente la comunión de vida y de misión. Los seglares claretianos han de ser también una de esas comunidades y desde ahí han de cooperar al desarrollo y animación de la Iglesia particular (nº 24 a). Su cooperación más importante la señala el número 26: “cooperamos especialmente en la formación y desarrollo de las pequeñas comunidades eclesiales, que expresan la realidad de la Iglesia como misterio de comunión”.

3.3. Impulsando el compromiso de la Iglesia en favor de la justicia

En páginas anteriores hemos dicho que queremos ser y promover una Iglesia que sea solidaria con los últimos y con las víctimas. Aquí el Ideario nos invita a comprometernos “en crear un modelo de Iglesia comprometida en la promoción de la justicia” (nº 24) y dice que la solidaridad con las personas marginadas o excluidas es una de las principales formas de este compromiso.

Al comentar el número 23 del Ideario hemos resaltado el compromiso por la justicia que han de vivir los seglares claretianos. Además deben mantener despierta la conciencia de la Iglesia particular sobre la obligación que tiene de comprometerse en la defensa de la justicia y de los derechos de las personas y de los pueblos.

3.4. Viviendo en comunión con los pastores

El Ideario señala aquí tres aspectos importantes de nuestras relaciones con los obispos y sacerdotes:

- a) Ante todo, la comunión con ellos. Tanto ellos, como nosotros, tenemos que esforzarnos por sentirnos hermanos y vivir y trabajar como tales. Como decía el obispo San Agustín a los fieles, ante todo “con vosotros soy cristiano”. Esto no quiere decir que a los pastores no les corresponda la presidencia y coordinación de la comunidad cristiana y el ser signo de comunión para la Iglesia particular y la parroquia. Precisamente en eso tenemos que apoyarles con nuestra colaboración.
- b) La colaboración con ellos en la misión de la Iglesia particular y de la parroquia. Una vez más se ve aquí la necesidad de que tanto la diócesis como la parroquia tengan un proyecto de pastoral en cuya elaboración hayan participado todos para que lo reconozcan como suyo y puedan colaborar generosamente en su aplicación y evaluación.
- c) La iniciativa. En la Iglesia no hay sujetos pasivos, todos somos activos y por lo mismo tenemos que tomar iniciativas que lógicamente hay que discernir con la comunidad y con quienes la presiden. Ojalá que el clericalismo no siga anulando sistemáticamente la creatividad y las iniciativas de los seglares.

4. Compromisos pastorales del seglar claretiano

25 *Como claretianos, tiene especial relieve para nosotros el servicio de la palabra en todas sus formas, desde las conversaciones familiares hasta los medios de comunicación de masas más avanzados.*

Nos sentimos urgidos a colaborar en la pastoral juvenil, matrimonial y familiar, en las múltiples formas de catequesis y catecumenado, en los medios de comunicación social, en la promoción del laicado, en la formación de nuevos evangelizadores y en el desarrollo de todas las posibilidades que nos ofrecen los ministerios laicales.

La Iglesia toda ella es servidora, ministerial, y se articula desde los ministerios, como aparece ya en el NT. La comunidad cristiana recibe multitud de carismas para atender los diversos servicios y necesidades de la comunión eclesial y de la misión.

El número 25 del Ideario señala algunos campos de acción pastoral que pueden ser prioritarios para los seglares claretianos, teniendo en cuenta su vocación específica en la Iglesia. Por eso pone en primer lugar el servicio de la Palabra que, de algún modo, está presente en todas las demás acciones pastorales de las que se habla en este número: “Como claretianos, tiene especial relieve para nosotros el servicio de la palabra en todas sus formas, desde las conversaciones familiares hasta los medios de comunicación de masas más avanzados” (25 a) Es un tema del que ya hemos hablado repetidas veces.

El seglar, mejor que el religioso y que el sacerdote, puede llevar la palabra de Dios a los alejados, quienes constituyen uno de los desafíos de vanguardia misionera que se le presenta hoy con gran urgencia a la Iglesia. El seglar puede tener más contactos y más fácilmente con los alejados y los no creyentes que el sacerdote.

Menciona después el Ideario en este número algunas actividades pastorales que revisten especial importancia para los seglares claretianos. Cada uno de ellos puede dedicarse a aquellas que le resulten más asequibles según sus cualidades, preparación, edad y estado de vida. En concreto son las siete siguientes:

- a) Pastoral juvenil
- b) Pastoral familiar y matrimonial
- c) Catequesis de niños, adolescentes y jóvenes, así como las catequesis presacramentales.
- d) El catecumenado de adultos como proceso de profundización en la fe que les lleve formar una pequeña comunidad cristiana.
- e) Los medios de comunicación social, que están constante y sorprendente avance.
- f) La promoción de los seglares y la formación de nuevos evangelizadores
- g) El desarrollo de las posibilidades de acción evangelizadora que ofrecen los ministerios laicales.

En cuanto a los ministerios laicales no podemos limitarnos a suplir al clero en tareas litúrgicas que ellos venían haciendo. Es necesario ir más allá impulsando la creación de nuevos ministerios de carácter más secular y comprometiéndonos en ellos. Nos lo advierte ya Juan Pablo II cuando dice que “no se trata solamente de suplir las necesidades de la comunidad cuando sean insuficientes los ministros sagrados; es la misma consagración bautismal la que los hace sujetos de derechos y deberes, llamándolos a asumir específicos papeles y ministerios, y a evaluar los dones espirituales y los carismas de cada uno para la causa del Reino de Dios”⁵²

Es deseable que los obispos, sensibles a las necesidades que surgen continuamente en la Iglesia, traten de crear nuevos ministerios laicales.

Es obvio que estos servicios exigen a los seglares claretianos los asumen un empeño muy serio en la propia formación y capacitación para poderlos desempeñar.

5. Opciones y actitudes misioneras del seglar claretiano.

27 *Las opciones de principio que inspiran nuestro compromiso eclesial y que orientan, como actitudes permanente, todas nuestras acciones son:*

- la inserción en el mundo;
- la competencia profesional, que cualifica nuestro servicio a los demás,
- el compromiso por la causa de los pobres y la acción a favor de la justicia;
- la encarnación en la Iglesia local y la colaboración para que nazca y crezca inculturada;
- la promoción de un modelo de iglesia más comunitario y participativo en el que todos los fieles puedan desarrollar plenamente las responsabilidades y exigencias de su propia misión eclesial;
- el empeño por multiplicar los agentes de evangelización;
- la evangelización misionera que nos mantiene siempre atentos y disponibles para lo que se revele más urgente y necesario en nuestro servicio a la causa del Reino de Dios.

El número 27 del Ideario habla de unas “opciones de principio” que inspiran el compromiso del seglar claretiano y están presentes en todas sus acciones. Son opciones porque requieren optar por ellas y mantenerlas siempre vivas. Y, por ser opciones de la persona, son también actitudes

⁵² Juan Pablo II, Ángelus del 10.12.95

permanentes que configuran, no sólo la acción, sino también a la persona misma del seglar claretiano.

La primera de ellas, por ejemplo, la inserción en el mundo, tiene que ser una actitud permanente del seglar claretiano que le lleve a vivir él mismo plenamente inserto en la realidad y a comprometerse a impulsar a la comunidad eclesial por el camino de la inserción en el mundo para transformarlo desde dentro. Lo mismo se puede decir de las otras seis opciones de principio que enumera el Ideario.

A continuación vamos a comentar cada una de las siete opciones que menciona el Ideario.

5.1. La inserción en el mundo.

El ser para el mundo y estar plenamente inserto en él es un elemento constitutivo de la vocación y misión del seglar. Y no es sólo una opción voluntarista, es un don, un carisma, que lo habilita y le da fuerzas para desarrollar su misión en el corazón de las realidades de este mundo.

El seglar, verdaderamente inserto en la realidad, impulsa a la parroquia y a la Iglesia local a ser para el mundo. La aportación más específica del seglar a la animación de la comunidad eclesial está en esta línea. El está plenamente inserto en el mundo, vive fuertemente impactado por las sangrantes situaciones que contradicen el reinado de Dios en el mundo; vive con las manos en la masa de la lucha diaria por transformar las realidades terrenas. Por eso está llamado a sensibilizar fuertemente a la comunidad eclesial entera, especialmente a los sectores que estén más alejados de la realidad, con respecto a las situaciones de injusticia y marginación, y a impulsar a toda la comunidad a darles respuesta.

5.2. La competencia profesional.

Ya el concilio Vaticano II decía que los seglares “deben esforzarse por adquirir verdadera competencia en todos los campos” (GS 43b; cf LG 36b). En páginas anteriores hemos enumerado los principales campos de acción del seglar claretiano. Naturalmente cada uno estará llamado de manera especial a trabajar en alguno de ellos. Para ser evangelizador en su medio profesional o laboral, el seglar ha de ser, ante todo un buen profesional. De nada sirve ofrecer a Dios el trabajo o envolverlo en oraciones si profesionalmente está mal realizado.

5.3. El compromiso por la causa de los pobres y la acción a favor de la justicia.

La preocupación por la justicia y por las víctimas de la injusticia no puede ser ocasional en el seglar claretiano, sino permanente y no sólo cuando se comprometa en acciones concretas relacionadas directamente con la justicia, la exclusión social o la marginación, sino en todas sus acciones, porque se trata de una actitud.

Los seglares claretianos hemos de cooperar eficazmente para que las pequeñas comunidades eclesiales y la Iglesia particular vivan la opción por los pobres y el compromiso por la justicia. Nos lo recuerda el número 24 del Ideario cuando dice que hemos de comprometernos en desarrollar “un modelo de Iglesia comprometida en la promoción de la justicia en nuestros pueblos” (n. 24 a).

5.4. La encarnación en la Iglesia local y la colaboración para que nazca y crezca inculturada.

Se habla aquí de dos opciones y actitudes inseparables por su directa vinculación con la Iglesia particular. Está en primer lugar, la opción por vivir la pertenencia a la comunidad cristiana y hacer nuestra su misión y sus compromisos de evangelización.

En segundo lugar se habla de tener siempre como intención y objetivo a lograr que la Iglesia local a la que pertenecemos viva inculturada en cuanto a todo su ser: la vida en comunión y la organización de la comunidad, el anuncio del Evangelio, la expresión y celebración de la fe, las exigencias morales, etc.

Se trata de crear una Iglesia fuertemente arraigada en cada pueblo y lugar. El seglar claretiano en su persona y en sus actuaciones tiene que vivir preocupado por la “encarnación de la Iglesia local” y ha de comprometerse en el empeño para que nazca” y crezca inculturada”. La fe y la Iglesia han de encarnarse en cada cultura si realmente quieren significar algo para el hombre y la mujer concretos que viven en y de esa cultura. Cada cultura ha de hacer carne propia la fe y expresarla a su modo.

“El Reino de Dios llega a las personas vinculadas a una cultura. Evangelio y cultura no se identifican, pero se interrelacionan fuertemente. Dos razones se suman para subrayar la necesidad de tomarse en serio la inculturación. La inculturación es un desafío, una exigencia y un camino para la evangelización y para la espiritualidad. Es la continuación del dialogo de salvación en cada cultura y en cada momento histórico establecido por Dios en Cristo por medio del Espíritu Santo.”⁵³

5.5. La promoción de un modelo de Iglesia más comunitario y participativo.

Ha de ser una opción y una actividad permanente del seglar claretiano el promover una Iglesia que sea realmente comunitaria y participativa en la que “todos los fieles puedan desarrollar plenamente las responsabilidades y exigencias de su propia vocación eclesial”. Hemos de trabajar para que la Iglesia, tradicionalmente clerical, abra sus puertas a la participación y corresponsabilidad de los seglares. El fundamento de la participación y corresponsabilidad está en la pertenencia a la Iglesia y en los sacramentos. Esto es lo que los hace sujetos activos en la Iglesia⁵⁴. Y no sólo los seglares, el pueblo entero tiene que ser sujeto activo en este modelo de Iglesia. Una Iglesia que no sea participativa, no es Iglesia-comunión.

El Vaticano II pide a los sacerdotes que “en diálogo continuado con los seglares, busquen con todo cuidado las formas que den mayor eficacia a la acción apostólica”(AA 25 b). Un lugar concreto muy importante de participación y corresponsabilidad de los seglares en la animación de la comunidad eclesial son los consejos pastorales diocesanos y parroquiales (Ch L 25,26). No debemos rehuirlos.

Un tema que preocupó mucho al sínodo de los obispos sobre los seglares (1987) fue el de la participación y corresponsabilidad de la mujer en la Iglesia. El correspondiente documento postsinodal ha querido dar una respuesta a estas inquietudes (Ch L 51); respuesta que para muchos es insuficiente. Evidentemente, es un tema en el que hay que seguir avanzando. El hecho de que la Iglesia defienda en sus documentos oficiales la total igualdad del varón y la mujer en la sociedad está en abierta contradicción con la discriminación de la mujer que sigue existiendo en el interior de la comunidad eclesial.

5.6. El empeño por multiplicar los agentes de evangelización.

⁵³ Misioneros Claretianos, *Nuestra espiritualidad...* p. 91

⁵⁴ JA Estrada, *La Iglesia: identidad y cambio*, Madrid 1985 p. 142

Ya en otra parte de este comentario hemos recordado que esta es una de las características de la personalidad misionera de San Antonio María Claret y lo ha de ser de todos los que llevamos el apellido de claretianos. Viene exigida por el carisma que nos reúne para ser una familia de evangelizadores.

En cualquier actividad que realice el seglar claretiano debe tener presente la urgencia de enrolar nuevos trabajadores en el cuidado de una mies que nos desborda. Ha de ser portavoz de la invitación de Jesús: “Id todos a mi viña (Mt 20,4)

5.7. La evangelización misionera.

La Iglesia entera y cada una de las iglesias particulares con todos sus miembros son enviadas a evangelizar igual que lo fueron los 12 o los 72 discípulos que representaban a todos los discípulos de todos los tiempos. La Iglesia y cada cristiano anuncia el Reino, ante todo, viviendo conforme a sus exigencias mostrándolo hecho realidad en sí mismos. Uno es misionero por lo que es, antes de serlo por lo que dice o hace. “El testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de la misión” (RMI 42, cf 23).

El campo prioritario en el que los seglares han de evangelizar ya lo hemos descrito al comentar los números 23-26 del Ideario. Aunque allí no se menciona, el espíritu misionero puede llevar también a algunos seglares claretianos a comprometerse, incluso a tiempo pleno, en zonas de misión y en otros modos de evangelización que conllevan renuncias muy serias.

Los alejados y los no creyentes son una campo misionero de vanguardia. Es muy difícil trabajar en este campo de la viña del Señor, aunque no haya que hacer largos viajes para llegar a esta tierra de misión.

Para dialogar:

- a) ¿Hemos creado o estamos animando alguna pequeña comunidad cristiana?*
- b) ¿En qué actividades pastorales estamos comprometidos?*
- c) ¿Cómo vivimos cada una de las opciones misioneras que acabamos de describir?*